

En el podio del periodismo independiente

Alternativa. Lo mejor de la revista que marcó a una generación

ENRIQUE SANTOS CALDERÓN
(prólogo, selección y comentarios)
Debate, Penguin Random House,
Bogotá, 2020, 490 pp.

LA LECTURA de esta extensa antología, cribada con tino por el doliente mayor de la primera revista de izquierda en Colombia, Enrique Santos Calderón, equivale a tomar una cátedra de periodismo como contrapoder, una cátedra de historia no oficial de Colombia en la convulsionada década de los setenta, así como una cátedra de crítica gráfica para diseñadores audaces. Las tres en una sola publicación verdadera. Porque la falsa *Alternativa* que apareció a comienzos de 2020 como vocera de la centroderecha no pasa de ser un burdo remedo del cabezote que marcó a una generación rebelde y contestataria. La apócrifa se puede comprar en las cajas de supermercado o leer en su sitio web; pero de la original queda la memoria de su colección, de los miles de lectores que la leyeron con fruición y de los periodistas que la subieron al podio.

Uno de ellos, Antonio Caballero, escribió con su característico tono derrotista que el único éxito consistió en que “las cosas que nunca se decían se dijeron en *Alternativa*. Su ejemplo cambió la manera de escribir prensa en Colombia” (*Semana*, 7 de marzo de 2020). En su agenda la revista pisó temas desdeñados por la llamada gran prensa en relación con los derechos humanos, las minorías étnicas, el aborto, la corrupción política, la protección de los recursos naturales, la legalización de la droga, la educación pública, la represión militar, las luchas campesinas, etc. Temas que, como dijo Caballero en esa columna, siguen vigentes porque desde 1974, cuando nació *Alternativa* y terminó el Frente Nacional, el país poco ha cambiado.

La unión de la izquierda fue uno de los objetivos paraperiodísticos de *Alternativa*, que transpiraba el espíritu revolucionario de la época

y cuyos artífices se ganaron el mote de “guerrilleros de El Chicó”. Pero la romántica aventura, que alcanzó hasta para engendrar un movimiento político (Firmes), terminó con varias crisis internas producidas por la disparidad de intereses ideológicos de los creadores. Primero se dio el divorcio del grupo fundador liderado por García Márquez, Santos Calderón y el director Bernardo García con el sociólogo Orlando Fals Borda, y en la segunda ruptura terminaron partiendo cobijas: el grupo de periodistas asumió la revista, y el de Bernardo García y José Vicente Kataraín se quedó con la distribuidora El Zancudo, que luego se convirtió en la editorial Oveja Negra.

Tras unos pocos meses fuera de circulación, la revista resurgió con el equipo de periodistas que la haría memorable: el periodista y futuro Nobel de Literatura, Gabriel García Márquez, Daniel Samper Pizano, Antonio Caballero, Salomón Kalmanovitz, Beatriz de Vieco y Patricia Lara, entre muchas otras figuras. Por esas ironías del destino, varios de los periodistas más activos tenían un pie puesto en la gran prensa, pero ello no fue óbice para que ejercieran el periodismo militante que exigía la revista.

Asfixiada por la sinuosa censura económica y por el canibalismo de la izquierda a la que ingenuamente pretendió unir, la revista cerró en marzo de 1980, tras alcanzar 257 números y haber descubierto las goteras de tres gobiernos: el de Pastrana Borrero en sus indolentes postrimerías, el del mandato poco claro de Alfonso López Michelsen, y a medias –aunque con armas letales de combate investigativo– el del Estatuto de Seguridad de Julio César Turbay Ayala. En el número de despedida la revista dejó testimonio de su calidad periodística con un informe sobre la toma de la Embajada de República Dominicana, otro sobre El Salvador y la entrevista con el expresidente López Michelsen que, para sorpresa de los alternativos, se prestó para el último fusilamiento público en el medio que más lo fustigó.

El plato fuerte de esta selección son los textos de García Márquez por primera vez reeditados en Colombia, que guardan coherencia con esta declaración que hizo cuando se vinculó a la publicación:

He encontrado en *Alternativa* una forma de militancia política que he buscado muchos años: un trabajo periodístico serio y comprometido hasta los tuétanos. Nadie espere de mí en el campo político nada distinto, ni más importante, ni más heroico que mi trabajo en esta revista. (p. 145)

Ese capítulo de “Gabo alternativo”, que consta de 18 piezas, abre con una entrevista que le hizo el equipo editorial para indagar en su pasado político y en sus polémicas posturas como simpatizante de la Revolución cubana y de otros regímenes comunistas, titulada: “La guerra con el Perú despertó mi conciencia política”. Entre las crónicas sobresale la de Angola, liberada un año después del éxodo de los colonizadores portugueses que en su partida arrasaron literalmente con el país. La descripción de ese Macondo negro, cuyas afugias vivió durante dos semanas como corresponsal, demuestra su portentosa pluma. Así como rezuma humor la crónica de la visita oficial de Turbay Ayala a México en un costoso e inútil viaje en el que no tuvo nada que decir ni nada que hacer, según el reportero. (Por fortuna, el futuro Nobel de Literatura no cumplió la promesa de dejar de escribir hasta que cayera Pinochet, dictador mayor de sus pesadillas.)

Otros capítulos reúnen piezas por géneros: entrevistas, informes y reportajes (el género principal del semanario por su vocación investigativa de denuncia), cartas, breves, humor, crónicas y perfiles, internacional, voz de la base (sobre luchas sociales) y la historia prohibida (una sección identitaria de *Alternativa* en la que se aplicaba el revisionismo histórico). En total, 95 textos seleccionados entre centenares con criterios ampliamente justificados en el enganchador prólogo de Santos Calderón. Las piezas de humor, que aparecen en las secciones “El Zancudo” (un homenaje a la publicación satírica de mediados del siglo XIX) y “¿Qué hay de nuevo en Macondo?”, son entremeses que se agradecen tanto como los monos de Antonio Caballero, en particular los de “El señor agente”, que dialogan pícaramente con las denuncias de la represión policial en la universidad pública durante esos años. El humor negro obró, además, como repelente de bichos y paquidermos de la izquierda tradicional con su pesadez doctrinaria.

Por los propósitos editoriales de la revista se concluye que todos fueron alcanzados (contrainformar o contar las verdades que callaban los medios hegemónicos, divulgar las luchas sociales y las investigaciones sobre la realidad nacional) salvo el de unir a la izquierda, que finalmente logró quebrar la empresa y los ánimos del personal. Pero *Alternativa* pasó a la historia del periodismo nacional como la publicación más coherente con sus principios, la única que se negó a aceptar pauta publicitaria para mantener su independencia y que a causa de ese idealismo terminó asfixiada por el mercado, aunque logró récords de tiraje que oscilaron entre los 10.000 y los 40.000 ejemplares. Su único capital, la credibilidad, le dio réditos durante seis años, suficientes para convertirla en una publicación de culto y fuente imprescindible para entender lo que ocurrió en Colombia y en el mundo en esa década.

Esta selección estaría incompleta sin la galería de portadas que por su impacto visual no dejaban más alternativa que comprar la revista o, mejor todavía, la suscripción. En ellas quedaron representadas con mordaces trazos las figuras de poder –presidentes, ministros, empresarios, militares y clérigos–, pero también los ídolos de los colombianos en los deportes, las artes y el entretenimiento; los campesinos, los obreros y los mártires de distintas causas. Detrás de esas carátulas que semejaban carteles populares hubo creativos del Taller 4 Rojo (Nirma Zárate y Diego Arango), y artistas como Naide y el mismo Caballero, autores de atrevidas ilustraciones, caricaturas y fotomontajes acompañados de juguetones, satíricos y urticantes titulares. Resalta el compilador la creatividad en el uso de recursos gráficos y la combinación de técnicas en la prehistoria del diseño por computador.

Al terminar esta antología, con todo y mea culpa a la manera de los “compañeros”, se comprende mejor el lema que tuvo *Alternativa*: “Atreverse a pensar es comenzar a luchar”. Una consigna provocadora que hoy si acaso veríamos en un muro solitario de Facebook o como etiqueta de un debate fugaz en las redes sociales.

Maryluz Vallejo Mejía